

Víctima: Llorenç Antich Fiol, Joana
Maria Mulet Janer y su hija Isabel
Autoría: Maria Jesús Bibiloni Antich

Mis abuelos

Este escrito es un homenaje a mi abuelo Llorenç Antich Fiol; a su esposa, mi abuela, Joana Maria Mulet Janer, y a su hija, mi madre, Isabel.

Mi intención es dar testimonio del acto de amor tan grande que hizo mi abuela hacia su hija y sus nietas a costa del inmenso sacrificio de callar, de no compartir con ninguna de nosotras hechos especialmente dolorosos para protegernos y para que pudiéramos llevar una vida «normal» y completamente diferente de la que a ella la obligaron a llevar con el asesinato de su marido.

Me explicaré: mi abuela, a mis hermanas y a mí misma, nos contó muchas cosas de su marido, algunas (pocas) buenas:

Que, como regidor de cultura y fiestas, había inaugurado las escuelas de su pueblo, Algaida; que los domingos le llevaba la merienda con una ensaimada, a la cama; que si era alto y apuesto; que si era uno de los pocos hombres del pueblo que sabía jugar al ajedrez porque era muy inteligente; que era muy buena persona y que nunca hizo daño a nadie; que era herrero de oficio y tenía su propia herrería, por lo que había gente del pueblo que le tenía envidia.

Pero la mayoría hacía referencia a cómo habían sido los terribles hechos que le cambiaron la vida definitivamente.

Así pues, nos explicaban siempre, cuando mi padre y mi madre no estaban, que nuestro abuelo era regidor del Ayuntamiento por Esquerra Republicana, que cuando hubo el golpe de estado se escondió primero en su casa y después en Palma, en casa de unas primas, que después volvió a Algaida y volvió a esconderse en un aseo que tenían en la azotea; que no dejaban de buscarlo, pero que no lo encontraban; que ella no quería que se entregase, que le decía que huyera como había huido su amigo Pere Capellà, pero él decía que no había hecho nada malo y que, por tanto, tampoco le podían hacer nada malo y que acabó por entregarse, acompañado de un guardia civil que era vecino suyo.

Que dentro del Ayuntamiento tenían encerrados a muchos hombres, entre los cuales estaba su hermano, y que al anochecer un militar llegó y dijo que los tenían que soltar, que no se podían

llevar a tantos hombres, que entre los que iban a liberar en principio estaba él y su hermano, pero que el caporal de la Guardia Civil del pueblo le hizo dar marcha atrás y regañó a los que lo habían querido soltar.

Que aquel mismo anochecer vio como se lo llevaban dentro de una camioneta junto con otros hombres y ya pensó mal, que al día siguiente fue al Ayuntamiento a preguntar dónde estaba su marido y no se lo quisieron decir, que fue a la casa de quien entonces ejercía de alcalde (que era un primo suyo) y de cómo su mujer, ante la insistencia de mi abuela, le dijo que no preguntase más donde estaba, porque allí donde lo habían llevado a él también la podían llevar a ella, cómo también fue a preguntar lo mismo a la sede de Falange y cómo, ante su silencio, los insultó y maldijo hasta que uno de ellos propuso darle un escarmiento, pero que otro respondió diciendo que si no lo encontraba era porque ya le habían dado un escarmiento bien grande.

De cómo fue al cementerio de Son Coletes con la esposa del alcalde, que había sufrido la misma suerte, y no encontraron ningún rastro de sus maridos, de cómo vio que dentro de la iglesia escondían las armas, de cómo tuvo que marcharse de Algaida, con su hija, y vinieron a vivir a Palma...

Todo esto a lo largo de muchas conversaciones durante muchos años, despacio, día a día, con pequeñas dosis, pero siempre con un sentimiento y una pena profunda como si todo hubiera pasado unos días antes.

Pero hubo otras muchas cosas que calló, una de ellas aterradoras:

A los nueve *algaidins* que mataron en Son Coletes les habían disparado en las piernas y entonces les habían echado gasolina y prendido fuego. Mi madre, mis hermanas y yo supimos esto cuando se publicó el *Diccionari Vermell*, de Llorenç Capellà. Entonces mi abuela todavía vivía, pero ya estaba muy delicada de salud, principalmente de los nervios, y no osamos preguntarle si aquella atrocidad era cierta.

Lo que sí que fue muy cierto fue la conmoción que supuso para todas nosotras leer aquello. Recuerdo perfectamente que estábamos en casa de mis padres a donde habíamos ido a comer, mi madre llevaba el libro y lo leyó con nosotros, quedamos deshechas y en estado de shock.

Durante muchos años pensé que mi abuela no nos lo había dicho porque lo desconocía, hasta que fui consciente de que todo Algaida lo sabía; entonces vi claramente que nos lo había escondido para ahorrarnos el sufrimiento y el dolor que, aun así, ella sufría, cada día, en silencio.

Mi abuela siempre estaba triste, nunca la vi reír y lloraba muy a menudo, pero los veranos lo estaba especialmente y yo no entendía por qué cada verano era así. Ella, aun así, callaba y yo,

con aquella intuición de los niños, no preguntaba; hasta que, de muy mayor y mirando de entender la historia de mi familia, até cabos: mi abuelo había nacido el 14 de julio, el día de Sant Llorenç es el 10 de agosto y lo asesinaron la madrugada del 16 al 17 de agosto; ¡¡¡cómo no iba a estar triste todo el verano!!!

Siempre pienso que si en algún momento hubiera compartido esta pena le habría sido más llevadera, pero no la compartió nunca y eso que el verano era largo y estábamos siempre con ella, ya que mis padres iban a trabajar. Eso sí, el día de Sant Llorenç de buena mañana ya me decía que tenía que llamar por teléfono a mi padrino, que se llamaba Llorenç como su tío, mi abuelo. Nosotras estábamos de veraneo y en aquellos tiempos para llamar tenías que ir a una cabina y buscar un rato para encontrar una que funcionara, así que yo me iba a jugar con las amigas y no iba a llamar, pero cada vez que volvía a mi casa me preguntaba si había felicitado al tío Llorenç tantas veces que, finalmente, yo lo hacía.

Mi padrino, que además era uno de sus ahijados y lo quería con locura, después de darme las gracias y de hacerme reír un rato, siempre, cada año, me preguntaba con tristeza cómo estaba mi abuela y yo nunca sabía qué responderle...

En aquellos veranos de mi niñez yo era muy amiga de la nieta del jefe de la policía secreta de Falange Española en Mallorca, Francisco Barrado, uno de los responsables de la represión sin precedentes que se produjo en Mallorca. Mi amiga venía cada día a mi casa y, en las horas de intenso calor de después de comer, jugaba conmigo y mi abuela a cartas, a *escambrít* (brisca). Mi abuela la trataba con aprecio, nunca me explicó quiénes eran sus antepasados ni el daño que habían infligido. Todavía no puedo entender cómo lo hacía para sobreponerse al sentimiento que debía de tener cada vez que la veía entrar en nuestra casa y jugaba con ella a cartas...

Mi hijo mayor nació el 17 de agosto de 1986, tampoco dijo nunca que era el día que se cumplían cincuenta años exactos del fusilamiento de su esposo y yo tardé muchos años en darme cuenta de esta coincidencia. Quiero creer que, desde aquel año del nacimiento de mi hijo, pudo soportar mejor aquella fecha que para ella fue tan terrible y que para mí es tan dichosa.

Todos aquellos silencios nos permitieron llevar una vida más o menos normal, pero a un precio muy alto para mi abuela. Gracias, abuela: tu amor, tu cordura y tu sabiduría nos protegió y mimó siempre.

Otra cosa que quiero destacar de mi abuela es la coherencia que demostró siempre con numerosos hechos que la definían.

Después de ver cómo escondían armas dentro de la iglesia, ella, que hasta entonces había sido una persona creyente, no volvió a ir nunca más a misa, ni siquiera para llevar a mi madre a

comulgar por primera vez, así como tampoco quiso la extrema unción. Tampoco permitió que mi madre hiciera el servicio social, pero se las arregló para que tuviese el certificado, ya que entonces era obligatorio. Solo se relacionó con personas de su ideología, incluso su médico de cabecera.

Por Llorenç Capellà, que se escribía cartas con su hermano, Pere Capellà, supo que la mujer de un compañero preso, como él en Alcalá de Henares, estaba en la prisión de Can Sales e iba cada domingo con mi madre, a visitarla; tejía complicidades y era solidaria con las mujeres que sufrían por los mismos motivos que ella.

Mi abuela murió a los 85 años, rodeada de su familia y de las personas que la querían; pero después de toda una vida de tristeza y sufrimientos, al final, cuando la demencia empezaba a aparecer, se quería tirar por el balcón porque decía que los falangistas la venían a buscar...

Aun así, nada de todo esto pudo evitar que mi madre echara de menos siempre a su padre, que lo llorara cuando hablaba, como si fuera ayer que se despedía de él cerca de una higuera que había cerca de su casa. Mi madre le preguntó a dónde iba, y él respondió que iba a Palma a comprarle un vestido nuevo.

Mi madre, casualmente (?), se ganó la vida vendiendo vestidos nuevos.

Toda su vida, indiscutiblemente, estuvo marcada por las circunstancias dramáticas de la muerte de su padre, por la niñez y juventud robadas y por el estigma de ser hija de un rojo. El día que se casó llevó su ramo de novia al cementerio de Son Coletes.

De mi abuelo, desgraciadamente, no sé más cosas que las que he escrito; pero de lo que estoy muy segura es que a la fuerza fue una persona excepcional, ya que no podía ser de otra manera habiendo amado, como sé que amaba, a esta persona excepcional que fue mi abuela, a la cual estaré eternamente agradecida por todo lo que me quiso, enseñó y dio, así como a mi madre que también murió sin poder enterrar a su padre.

Sin embargo, y para acabar, quiero dar las gracias a todas las personas que han hecho posible las exhumaciones (muchas gracias, hijo mío) e identificaciones de los cuerpos. El día que el alcalde republicano, Pere Llull, volvió a su pueblo fue un gran día de emoción y de agradecimiento.